



LA LLAMA MÁGICA DEL GALLEGO HIPERBÓLICO

Ignacio García May



■ LAS PUERTAS DEL ASOMBRO

Todo buen lector sabe que existen los libros mágicos.

Libros diferentes, inquietantes, libros laberínticos que sólo pueden ser leídos si se domina la lengua de los pájaros, el secreto idioma de los que ven detrás de la apariencia de las cosas.

Algunos lo son, literalmente, en virtud de su contenido; así la *Clavícula Salomonis*, o cualquier otro de los múltiples grimorios medievales.

Otros, por el material con el que han sido fabricados: yo he visto, en una oscura biblioteca privada de Hamburgo, un cuaderno de notas del viajero galés Cyfartha Evans redactado con su propia sangre, y un minúsculo Corán turco encuadernado con piel humana. Se dice, en estos casos, que el espíritu de los desdichados que sufrieron la sangría o el desollamiento se apodera del volumen en cuestión.

Después están las sagradas escrituras de todas las religiones, grandes y pequeñas: libros que los hombres aprenden de corazón, leídos a veces como cuentos, otras como memoria histórica, guías, siempre, de la iniciación en el misterio de la vida.

Hay libros cuyo hechizo radica en los terribles mensajes que, supuestamente, esconden, aun cuando éstos no puedan ser descifrados o resulten, simple y llanamente, inexistentes. Sucede, por ejemplo, con el famoso manuscrito *Voynich*, atribuido a Roger Bacon, y que ni los mejores criptógrafos de nuestro tiempo han conseguido traducir, aunque haya quien se empeñe en asegurar que su contenido es asombroso y que, incluso, está escrito en otro

mundo.

Algunos libros ficticios —como *El rey de amarillo*, de Chambers, o, más conocido, el *Necronomicón* de Lovecraft, ambos ideados por sus autores como elementos de sus respectivas narraciones fantásticas— han adquirido tal carácter mítico que, paradójicamente, mucha gente los considera reales. Y hay volúmenes auténticos tan delirantes, tan disparatados, que cuesta creer que hayan sido realmente escritos y publicados, como esa colección de idioteces pomposamente titulada *El libro de Urantia*.

Finalmente, existen libros cuyo poder mágico es de naturaleza bien distinta, acaso menos espectacular, pero también más profunda: aquellos que, con independencia de su forma o contenido, han preservado entre sus páginas una flor reseca, una pluma de ave, o las notas, garrapateadas al margen, de algún lector pretérito. Al encontrar estos tesoros, un sutil hilo de plata nos conduce por el tiempo y el espacio hasta las vidas anteriores del preciado volumen. Recogidos en lugares favoritos de nuestra biblioteca, aquellos libros parecen llamar la atención brillando como piedras mojadas por la lluvia, y sus arrugas, como las de los viejos sabios, constituyen más un signo de belleza que de deterioro.

■ LA LLAMA MÁGICA DEL GALLEGO HIPERBÓLICO

Entre los modernos libros mágicos hay uno delicioso: *La lámpara maravillosa*, de don Ramón del Valle-Inclán.

Reconozco que mi absoluta falta de reparos en asignarle a este volumen la categoría de “mágico” puede irritar a más de uno: que cada cual aplique al adjetivo la definición que le resulte más cómoda.

Se trata, en cualquier caso, de un título demostradamente singular. Francisco Javier Blasco Pascual, en su introducción a la más reciente edición de la obra ha escrito: “Libro insólito en la bibliografía de Valle, *La lámpara maravillosa* no tiene tampoco un encuadre fácil en la literatura española de Fin de Siglo.” Y, más adelante, añade: “Existe, por parte de la crítica, una coincidencia absoluta a la hora de valorar los primores y calidades de la prosa,

artículos

pero las discrepancias son de bulto cuando se trata de juzgar los contenidos.”¹

Desde aquellos que ven en el libro el catecismo de la estética modernista,² hasta los que consideran que no hay que tomárselo con demasiada seriedad, porque se trata de una parodia de San Ignacio,³ el abanico de opiniones se abre florido y contradictorio.

¡Y no es para menos! Que un autor del calibre de Valle dictara su estética en términos más próximos al esoterismo que a la ortodoxia académica era casi previsible, pero no por ello menos desconcertante. Y así, la mayor parte de los críticos, acostumbrados a leerse sólo entre sí, se han inclinado por minimizar la temida influencia ocultista en favor de una comparación convencional con los, por otra parte, nada convencionales poetas místicos de la tradición española.

Ha hecho falta esperar a los trabajos de Virginia Milner Garlitz,⁴ Giovanni Allegra⁵ y el propio Pascual para que los estudiosos del corpus valleinclániano se tomaran el elemento esotérico de *La lámpara maravillosa* como algo más que un detalle exótico, una concesión a los excesos de la bohemia finisecular, o, simplemente, un capricho del Valle-Inclán más provocador.⁶

Aún así, el mundo académico tiende a considerar el libro como una obra prematuramente envejecida; bella, pero con la belleza lánguida y acaso antipática de esos frutos tropicales de países extraños y lejanos, ideales para ser contemplados en bodegón, pero de amargo paladar y digestión difícil, un texto irregular,

¹ Ramón del Valle-Inclán, *La lámpara maravillosa*, Madrid, Espasa Calpe, 1995, p. 9.

² Guillermo Díaz-Plaja, *Las estéticas de Valle-Inclán*, Madrid, Gredos, 1965.

³ C.Flynn, “La bagatela de Ramón del Valle-Inclán”, en *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas*, Oxford, Dolphin Book, 1964.

⁴ Virginia Milner Garlitz, “Fuentes del ocultismo modernista en *La lámpara maravillosa*”, en *Genio y virtuosismo de Valle-Inclán*, Madrid, Orígenes, 1987, y “El ocultismo en *La lámpara maravillosa*” en *Valle-Inclán, nueva valoración de su obra*, Barcelona, PPU, 1988.

⁵ Introducción a la edición italiana de *La lámpara...*, Lanciano, R. Carabba ed, 1982.

⁶ Sería injusto no citar aquí a Ricardo Doménech, que fue el primero en hablarme de la conexión Blavatsky-Rosso de Luna-Valle-Inclán.

artículos

pintoresco y, en definitiva, demasiado “raro” para merecer el marchamo laureado de la maestría, poco acorde con el arquetipo Valle-Inclán que se enseña en las escuelas, ni parecido a las *Sonatas*, ni semejante a los esperpentos; un incómodo arrebató místico de un autor asaz carnal, pero del cual no se puede prescindir puesto que fue el propio gallego hiperbólico quien le asignó el primer lugar en su *Opera Omnia*.

Incluso una especialista en el ocultismo valleincliniano como Speratti Piñero describe *La Lámpara* en estos términos: “Pese a los años que Valle concedió a la preparación de *La lámpara maravillosa* y de su casi mellizo *El Pasajero*, ni uno ni otro libro logra convencer con la intensidad de la mayoría de los anteriores y de los siguientes, no impresiona como íntegramente logrado.”⁷

Ahora: si bien es cierto que, desde la perspectiva del crítico literario, *La lámpara maravillosa* es un texto heterodoxo, también lo es que, desde una óptica esoterista, se trata igualmente de una obra anómala .

El discurso filosófico de esta llama mágica es similar al que puede encontrarse en los escritos, no sólo de Miguel de Molinos y los místicos del XVII, sino de todos los que se han puesto bajo la advocación del pensamiento gnóstico-hermético, o de las escuelas de oriente, ya sea el zen , el sufismo o muchas otras, disciplinas, todas ellas, profundamente influyentes en el desarrollo del esoterismo occidental del siglo XIX.

Valle lo ha aprendido de diferentes personas y en muy diversos lugares: del Mago Rojo de Logrosán, Mario Rosso de Luna, decano de los teósofos españoles; del grupo pontevedrés *Marco Aurelio*, al que pertenece Javier Pintos Fonseca; de Said Armesto y su biblioteca casi mítica; de Rubén Darío, el indio Rubén, a quien nuestro gallego consideraba como el único lector que hubiera podido entender verdaderamente *La lámpara maravillosa*, pero que murió sin conocerla; lo ha aprendido en México, el país de los esqueletos bailarines y las calaveras con sombrero, acaso amablemente aturdido por las volutas del cáñamo indiano y el fuego soñador del mezcal; y lo ha mamado, por supuesto, en su Galicia, paraíso de brujas y lubicanes, donde todavía hoy los

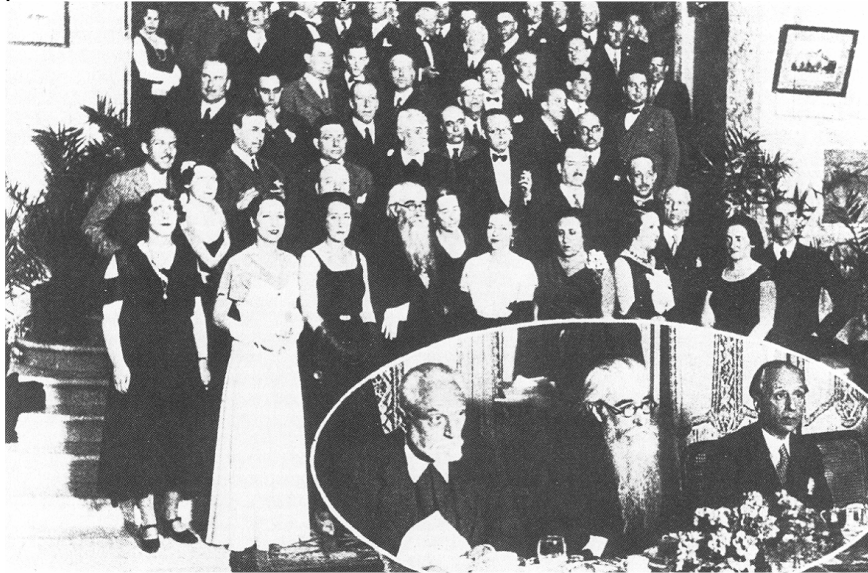
⁷ Speratti Piñero, *El esoterismo en Valle-Inclán*, Támesis Books, 1974, p. 163.

artículos

jóvenes achicharrados por el aguardiente salen, de madrugada, en busca de la Hueste de los Muertos.

Sin embargo, cuando nos asomamos a la literatura ocultista de la época, descubrimos, con exhaustiva frecuencia y constante desilusión, una escritura farragosa, torpe, a menudo pomposa y grandilocuente, sembrada de metáforas que se pretenden brillantes y son, de hecho, risibles; o bien todo lo contrario: un lenguaje técnico y frío, desprovisto de la menor calidad literaria. No debemos achacar esto a un desinterés de los esoteristas por los problemas de la estética: antes al contrario, todos ellos han defendido siempre el arte como puente entre el mundo sensible y el suprasensible.

El mago y novelista Peladan ha resumido esta postura en su poema *L'art idealiste et mystique*:



Elección de Valle Inclán para la presidencia del Ateneo.

¡Artista! Eres un sacerdote: el arte es el gran misterio...
¡Artista! Eres un rey: el arte es el verdadero imperio...
¡Artista! Eres un mago: el arte es el gran milagro...⁸

⁸ Citado en Francis King, *Magia*, Madrid, Debate, 1993, p. 23.

Pese a ello, resulta extraordinariamente difícil encontrar un título donde las enseñanzas herméticas y la excelencia literaria se fundan como en *La lámpara maravillosa*, formidable epifanía del idioma, celebración pánida de la palabra musical.

Nos encontramos, pues, ante un texto decididamente inusual, una bellísima Estética Mágica, una —si se me permite la expresión— metafísica plástica que ratifica en cada una de sus páginas el credo antroposófico, según el cual el arte es la manifestación de lo espiritual encarnado en el mundo.

■ LOS BUSCADORES DE LUZ

Pero, ¿qué es el esoterismo? ¿Quiénes son esos ocultistas admirados, temidos y despreciados a partes iguales?

Conviene, quizá, repasar con atención nuestros conocimientos sobre este tema, probablemente superficiales o afectados por los tópicos y las definiciones de diccionario de bolsillo.

Los historiadores suelen explicar el movimiento ocultista finisecular como una reacción más o menos histérica contra el empirismo científico. Ésta es una descripción insuficiente.

En rigor, la filosofía hermética es anterior al pensamiento científico, tomando este último término en su significado actual.

La crónica de lo esotérico debe iniciarse en épocas más tempranas, en los misterios egipcios y griegos, en el druidismo celta, en el judaísmo precristiano y la India que aún no conoce a Buda, un territorio demasiado amplio para los propósitos de este estudio.

Incluso aunque nos limitáramos a la etapa moderna del pensamiento mágico, habría que establecer su comienzo en el siglo XVIII y no en el XIX: sorprendentemente, en plena Edad de la Razón.

Y es que el Siglo de las Luces ha dado también sombríos personajes al Teatro de la Goecia: Cagliostro, Saint-Germain, las logias masónicas, Swidenborg, comparten escenario con Diderot, D'Alambert, la Enciclopedia y el análisis científico. Son mundos que, lejos de permanecer incommunicados, cruzan sus destinos una y otra vez. Se ha dicho que ciencia y esoterismo son enemigos irreconciliables, pero sabemos que Isaac Newton era activo

artículos

practicante de la alquimia, y que hasta Descartes y Leibniz se interesaron por el enigma Rosa Cruz. Más aún: si algo define a los grupos ocultistas de los siglos XVIII y XIX es su intento de aplicar a lo sobrenatural las leyes de la ciencia; su obsesión por probar, empíricamente, lo que, según la más pura tradición, hay que saber sin demostración alguna.

Se ha dicho también que la sabiduría hermética atrae sólo a personas ignorantes, débiles e influenciables, pero ahí tenemos a Bacon, Yeats, Victor Hugo, Goethe, Cocteau y, por supuesto, Valle-Inclán, entre muchísimos otros, para demostrar que, por el contrario, el mundo mágico ha interesado a las mentes más luminosas de la Historia.

Podríamos decir, pues, que la explosión ocultista que barre esta época no es tanto una rabieta contra el imperio pragmático de la Razón Científica cuanto una reivindicación de un poder ya existente; se trata, en última instancia, de una paradoja: la desocultación del ocultismo, recordándole al pensamiento empírico oficial que no está solo, que nunca lo ha estado, y que de ninguna manera va a permitirle dictar la realidad sin contar antes con él. Porque la verdadera revolución del momento no es política ni científica, o tal vez es ambas cosas a la vez: es la revolución de las comunicaciones. Los periódicos, la literatura de kiosko y, finalmente, la fotografía y el cinematógrafo, se confabularán para crear una época que los primitivos hermetistas habrían aborrecido; una época en la que ya no queda sitio para el secreto.



Valle-Inclán, por Leal de Cámara.

Así las cosas, hacia finales de 1800 Occidente se ha convertido en un carnaval mágico de muy notables proporciones. No sería inexacto hablar de una industria del esoterismo, por cierto, no muy diferente a la que nos rodea hoy. Precisamente por aquellas fechas, Huysmans, el autor de *Allá abajo*, escribe que todos los finales de siglo se parecen. En este atamor se mezclan, alegremente, el fraude y la poesía, el disfraz y la metafísica, el templo y la feria. En todas las casas se dispone un coqueto velador donde las solteronas y los militares retirados entretienen su tiempo invocando a los espíritus de los muertos. En los salones se habla de mesmerismo y se comentan, entre risitas cómplices y escalofríos de terror, las aventuras de la Blavatsky, e incluso en París, la bella y culta París, (tal vez habría que decir “sobre todo” en París) se organizan hasta seis exposiciones Rosa Cruz, donde participan, entre otros, los luego famosos Gustave Moreau y Georges Rouault. Por todas partes se multiplican pintorescas sociedades que enganchan su carro al fogoso caballo de lo esotérico: la *Iglesia Gnóstica* de Jules Doinel, la *Ordre Kabbalistique de la Rose Croix*, la *Iglesia Neo-Cátara* de Fabre des Essarts, la *Hermetic Order of the Golden Dawn*, considerada

artículos

por muchos como la más auténtica empresa mágica finisecular, el movimiento taumatúrgico de Aleister Crowley, interesante personaje derivado hacia la magia negra y el erotismo sagrado, inspirador del protagonista de la novela de Somerset Maugham, *El mago*, la *Iglesia Evangélica Hinchista*, de tendencias satánicas, el espiritismo de las hermanas Fox, traducido a los gustos europeos por Allain Kardec...

Detrás de todo esto hay un público inmenso, un público dispuesto a creer, más aún, deseoso de ser seducido por la muy apetecible estética esoterista. Las religiones oficiales han caído en la rutina, la ciencia se presenta a sí misma como reveladora de todos los secretos, pero está muy lejos de poder cumplir semejante promesa. Sólo el ocultismo está capacitado para devolver la emoción a los aburridos y la fe a los desencantados. Peter Washington ha descrito así este período:

A finales del siglo XIX aparecieron numerosos lectores semieducados, con el apetito, las aspiraciones, y la falta de formación intelectual imprescindibles para consumir tales textos. Era el ambiente retratado tan vívidamente en Inglaterra por Bernard Shaw, H.G. Wells, George Gissing y Hale White: el mundo de los autodidactas, periódicos de perra gorda, enciclopedias semanales, clases nocturnas, conferencias públicas, instituciones educativas para obreros, debates sindicales, bibliotecas de clásicos populares, asociaciones socialistas y clubes de arte, un mundo bullicioso y serio donde los lectores de Ruskin y Carpenter podían perfeccionarse, donde los idealistas de las clases medias contribuían a ello, y donde el nudismo y la reforma dietética iban del brazo con la hermandad universal y el conocimiento ocultista.⁹

¿Y qué es, exactamente, lo que se ofrece en el mostrador de las ciencias ocultas? Uno de los personajes de *El péndulo de Foucault* lo explica de este modo:

Yo diría que el lector ideal de una colección de este tipo debería ser adepto de los rosacruces, y por tanto un experto in magiam, in necromantiam, in astrologiam, in geomantiam, in pyromantiam, in hydromantiam, in chaomantiam, in medicinam adeptam, por citar el

⁹ Peter Washington, *El mandril de madame Blavatsky*, Barcelona, Destino, 1995.

artículos

Libro de Azoth, (...) Pero el conocimiento del adepto abarca otros campos. Está la fisiognosia, que comprende la física oculta, la estática, la dinámica y la cinemática, la astrología o biología esotérica, y el estudio de los espíritus de la naturaleza, la zoología hermética y la astrología biológica. A eso añade usted la cosmognosia que estudia la astrología, pero desde el punto de vista astronómico, cosmológico, fisiológico, ontológico, o la antropognosia, que estudia la anatomía homológica, las ciencias adivinatorias, la fisiología fluidica, la psicurgia, la astrología social y el hermetismo de la historia. Además están las matemáticas cualitativas, o sea, como usted bien sabe, la aritmología... Pero los conocimientos preliminares incluirían la cosmografía de lo invisible, el magnetismo, las auras, los sueños, los fluidos, la psicometría y la clarividencia, y, en general, el estudio de los otros cinco sentidos hiperfísicos, para no hablar de la astrología horoscópica (...) y luego la fisiognómica, la lectura del pensamiento, las artes adivinatorias, (Tarot, el Libro de Morfeo) hasta los grados superiores, como la profecía o el éxtasis. Será preciso disponer de información suficiente sobre manipulaciones fluidicas, alquimia, espagiria, telepatía, exorcismo, magia ceremonial y evocatoria, teurgia elemental. En cuanto al ocultismo propiamente dicho, yo sugeriría explorar los campos de la Cábala primitiva, el brahmanismo, la gimnosofía, los jeroglíficos de Menfis...¹⁰

Un hermetista más enterado y menos pedante se habría limitado a mencionar la *Tabla Esmeralda* como lectura básica, pero, en cualquier caso, una respuesta u otra nos dejan estupefactos. ¿Qué significa todo aquello?

Porque los esoteristas han hecho suya aquella cábala enigmática y terrible de Hamlet:

There are more things in heaven and earth, Horatio
Than are dreamt of in your philosophy.¹¹

Creen en la inmortalidad del alma y en la existencia de un mundo suprasensible donde habitan la verdadera belleza y los monstruos más pavorosos. Piensan que se puede entrar en comunicación con el espíritu de los muertos, y que el origen del

¹⁰ Umberto Eco, *El péndulo de Foucault*, Bompiani-Lumen, 1989.

¹¹ William Shakespeare, *Hamlet*, I,V.

artículos

hombre ha de buscarse en épocas remotas, mucho más allá de lo aceptado por la Historia, entre las ruinas de una Atlántida cuyo recuerdo salpica las civilizaciones antiguas. Adoran y temen a los *Superiores Desconocidos*, gobierno secreto del planeta que imparte sus órdenes desde las ciudades míticas, Agarthi, Shamballa, o cualquier otra, y que son depositarios de un saber arcano que se va destilando, gota a gota, a lo largo de los siglos.

La vida, para los esoteristas, es un largo sendero iniciático sembrado de trampas y de pistas, escritas, todas ellas, en la Naturaleza, a un tiempo ocultas y reveladas, como si la existencia fuera un gigantesco palimpsesto que espera ser descifrado.

Un terreno ideal, en fin, para el desarrollo de la imaginación, del asombro, del afán de conocimiento; pero también para la proliferación del engaño, la burla y el simple fraude.

En este maremagnum de iluminaciones, falsas y verdaderas, destacan muy especialmente dos nombres: Helena Petrovna Blavatsky, fundadora de la Sociedad Teosófica —con cuya rama española estuvo relacionado Valle-Inclán—, y Rudolph Steiner, el profeta de Dornach, creador de la Antroposofía y autor de interesantes escritos sobre arte y estética sutilmente hermanados con *La lámpara maravillosa*.

■ LA NOVELA POR ENTREGAS DE MADAME BLAVATSKY

Ahora, lector, es el año de 1885, y estamos en Madrás, a orillas del océano Índico.

En el puerto tiene lugar una curiosa escena: una pasajera, incapacitada para subir a bordo de un barco por sus propios medios, es izada, como un fardo, con una cuerda, una polea y una silla.

La pasajera, grotescamente obesa, enferma de mil males, se bambolea cómicamente. Los niños indios, arremolinados en torno del espectáculo imprevisto, gritan y ríen y corean la patética escena.

Ella, aferrada con sus gruesas manos a la cuerda, a punto de marearse por el baile frenético, lucha denodadamente para no perder la dignidad. Al fin y al cabo se trata de su abandono oficial

de la India, todo un acontecimiento social. Por eso, y a pesar del tono verdoso que va apoderándose de sus facciones, a pesar del ridículo y la incomodidad, la pasajera mantiene la cabeza alta y la mirada firme. Como en el circo, como en el teatro, el espectáculo debe continuar.

Esta mujer es Helena Petrovna Blavatsky, la “vieja Blavatsky” a la que se refiere socarronamente Max Estrella en *Luces de Bohemia*.¹²

Su vida ha sido una sucesión de aventuras que Ponson du Terrail o Alejandro Dumas habrían firmado como propias sin pestañear. Aún hoy resulta difícil acercarse a la Blavatsky con objetividad, separar lo real de lo inventado: ella misma ha tejido en torno suyo una leyenda tan monumental, tan hídrica, que si bien sabemos, documentalmente, que se trataba de una embaucadora de primer orden, no podemos afirmar que, en todo aquel embrollo, no hubiera algo de real, de inexplicado, de auténticamente mágico.

Su colaborador ocasional, (¡Y también víctima!) Allan Octavian Hume, refiriéndose a los maestros espirituales de los que ella dice recibir su poder, le escribe: “¡Si no existieran, qué gran novelista sería usted!”¹³

Y Richard Hodgson, investigador de la Sociedad de Estudios Psíquicos,¹⁴ encargado de sacar a la luz los manejos de la Blavatsky, concluye su informe con estas palabras: “Ni boca de profetas escondidos ni vulgar aventurera; creemos que se ha ganado el título por el que siempre será recordada de la impostora más cumplida, ingeniosa e interesante de toda la historia.”¹⁵

En realidad, HPB, como la llamaban sus discípulos, apodada también Jack, Mulligan, Latchkey y Caballo Viejo, pertenece a esa categoría de personajes históricos que los anglosajones califican como “bigger than life”: más grandes que la vida... Y por eso

¹² Ramón del Valle-Inclán, *Luces de Bohemia*, Madrid, Austral, Escena IX.

¹³ Mencionado por Peter Washington, *op.cit.* p. 72.

¹⁴ Organización creada en 1882 con el fin de investigar, objetiva y científicamente, los fenómenos sobrenaturales. Esa era, al menos, su intención, aunque luego ingresaron en ella fanáticos tan disparatados como los propios ocultistas a los que se pretendía estudiar.

¹⁵ Mencionado por Peter Washington, *op.cit.*, p.90.

artículos

mismo tal vez resulte equivocado juzgarla desde las leyes comunes en vez de hacerlo desde la imaginación que ella siempre derrochó en todas las circunstancias.

S.L. MacGregor Mathers, uno de los fundadores de la Golden Dawn¹⁶ aseguraba que la imaginación era uno de los principios fundamentales de la experiencia ocultista. En *Los pergaminos voladores*, manuscritos de instrucciones de la Golden Dawn, puede leerse: “Para practicar la magia deben ponerse en acción tanto la imaginación como la voluntad, pues tanta importancia tiene la una como la otra. Más aún, la imaginación debe preceder a la voluntad para lograr el mayor efecto posible.”¹⁷

Semejante aprecio por el poder del imaginario se encuentra no sólo en los escritos de otros autores esoteristas, sino también en las reflexiones de pensadores tan rigurosos como Mircea Eliade:

Recordemos desde ahora que la psicología profunda ha reconocido a la dimensión de lo imaginario el valor de una dimensión vital, de importancia primordial para el ser humano en su totalidad. La experiencia imaginaria es constitutiva del hombre, tanto como la experiencia diurna y las actividades prácticas. Aunque la estructura de su realidad no sea homologable con las estructuras de realidades *objetivas* de la existencia práctica, el mundo de lo imaginario no es “irreal”.¹⁸

Todo esto explica, seguramente, la importancia fundamental concedida por los esoteristas al ejercicio y disfrute de las artes. Pero además, y en otro nivel muy diferente, nos ayuda a entender un fenómeno a medio camino entre la esquizofrenia y la picaresca, muy ilustrativo de la época y de los personajes que la integran: la obsesión por inventarse biografías fantásticas y adoptar nombres y títulos estrambóticos. Por supuesto, hay aquí

¹⁶ Una de las sociedades secretas paradójicamente más conocidas de todos los tiempos, debido, sobre todo, al hecho de que estaba integrada por escritores tan conocidos como William Butler Yeats, Arthur Machen, Bram Stoker o Sax Rohmer, entre otras personalidades. Aún hoy goza de gran prestigio entre los ocultistas, pese a que fue disuelta a principios del siglo XX, tras apenas unos años de vida.

¹⁷ Citado por Francis King, *op.cit.*, p. 24

¹⁸ Mircea Eliade, *El vuelo mágico*, Madrid, Siruela.

artículos

una recuperación de la tradición alquímica del seudónimo, presente, también, entre los artistas, desde tiempos inmemoriales, pero llevada a tal extremo de caricatura que a veces resulta difícil de evitar la carcajada.

Y así, de pronto, todo el mundo ostenta el título de “profesor” o de “doctor”; el muy normalito Alphonse-Louis Constant se transforma en un seudobíblico *Eliphaz Levi*; el estudiante Gerard Encausse deviene *Papus*; Crowley se hace llamar *Frater Perdurabo*, la *Bestia 666*, *Gran Hierofante del Rito de Menfis*, y, por si esto no fuera suficiente, *Supremo y Santo Rey de Irlanda, Iona, y todas las Islas Británicas del Santuario de la Gnosis*. Por su parte, los masones del Rito Escocés Antiguo y Aceptado utilizan grados del tipo *Caballero del Real Arco de Salomón*, *Gran Pontífice de la Jerusalén Celeste* y *Gran Caballero Elegido Kadosch...*

Todos pretenden ser reencarnaciones de sacerdotes egipcios, brujas quemadas en la hoguera o druidas irlandeses. Todos alteran su prosaica realidad biográfica para acomodar en ella supuestos viajes al oriente o a las selvas iberoamericanas, y presuntos encuentros con misteriosos iniciados. Capítulo aparte merecen, fuera ya del círculo ocultista, aquellos que ponen de moda el uso de graduaciones militares sin haber vestido jamás el uniforme. El propio Valle, detenido en una ocasión por patear un espectáculo, se identificó ante la policía como *Coronel General de Los Ejércitos de Tierra Caliente*. Al serle recordado que el grado máximo del ejército es el de Capitán General, Valle respondió: “En el de Tierra Caliente no.”¹⁹

Hay que situar en este contexto descacharrante la leyenda Blavatsky. ¡Pero cuidado! Si nos atenemos a lo escrito en *Los Pergaminos Voladores*, este cultivo de la fantasía, este derroche de invenciones, deja de ser un fraude para convertirse en parte fundamental de una forma de vida y de una estética: el ocultista niega la realidad y elige, voluntariamente, las verdades que desea.

En relación con la novela de aventuras —que, no por

¹⁹ La anécdota fue narrada por José Luis Alonso durante los encuentros *Con Valle-Inclán en el café Colón*, Teatro María Guerrero, 1985. La revista *El Público* editó estas conversaciones en forma de cuadernillo.

artículos

casualidad, vive su Edad de Oro en este período— Fernando Savater ha escrito:

... la narración tiene su propio mundo, un ámbito de imaginación y voluntad que es tan imprescindible a una subjetividad completa como cualquier otro y más que muchos, un tiempo de arrojo y emboscada que no se circunscribe solamente a la infancia, sino que se conserva vivo en ese *puer aeternus* que constituye lo mejor del hombre a lo largo de toda su vida (...) Quién sabe si no sólo la literatura, como propone Borges, sino también la vida, no consiste más que en la modulación inacabable y varia de unas cuantas metáforas fundamentales, unos arquetipos que en el cuento se despojan de las gangas verbosas y a menudo superfluas que los desfiguran para ser reconocidos íntimamente por nuestro pulso acelerado y por nuestro jubiloso escalofrío.²⁰

Los esoteristas han heredado del romanticismo el gusto por un vivir literario, fantasioso. Ahora bien, si los poetas románticos son melancólicos caballeros educados en las bellezas del grecolatinismo, entre los ocultistas, y a pesar de la adoración por la estética ya mencionada, abundan los burgueses aburridos y glotones que se empapan de cerveza y de novelas por entregas.

Los héroes del momento son Rocambole, Fantomas y Arsenio Lupin; así pues, la vida de Blavatsky tenía obligatoriamente que parecerse más al “feuilleton” que a la épica homérica.

Peter Washington ha llamado la atención sobre el lenguaje populachero, e incluso procaz, empleado por HPB en sus cartas; incluso en aquellas que, supuestamente, han sido transmitidas por los Maestros Espirituales Superiores.²¹ Expresiones como: “Me puso hecha un trapo”, “¡Vaya bola!”, “¡Chorradas!” o “Ese tonto del culo”, recogidas al azar de su correspondencia, casan mal con el misterio exigido por las circunstancias...

Sin embargo, en este vocabulario zafio acaba toda posible conexión con la cotidianeidad, con lo habitual, con “lo normal”. El ocultista, por definición, y también por lógica, se sentirá desvinculado del naturalismo que en aquellos días impera en el arte.

²⁰ Introducción a *La novela de aventuras*, Madrid, Legasa, 1981.

²¹ Peter Washington, *op.cit.*, p.390

artículos

Allá abajo, la famosa novela de Jois-Karl Huysmans que se inspira en el histórico enfrentamiento entre los magos Stanislas de Guaita y Boullan, se inicia con una diatriba contra los naturalistas:

Lo que reprocho al naturalismo no es el pesado revoque de su estilo denso, sino la inmundicia de sus ideas; lo reprocho por haber encarnado el materialismo en la literatura, por haber glorificado la democracia del arte.

Digas lo que quieras, amigo mío, esa es una teoría de cerebro desacreditado, un sistema apollado y estrecho con exceso. ¡Querer confinarse en los lavaderos de la carne, rechazar lo suprasensible, negar el ensueño, no comprender siquiera que la curiosidad del arte empieza donde cesan de servir los sentidos (...) ¿A que no me dices qué ha visto tu naturalismo en todos esos desalentadores misterios que nos rodean? (...) Todo lo achaca el naturalismo a los apetitos y a los instintos. Sus únicas diátesis son la erección y el acceso de locura. (...) En suma, es un herniólogo de los sentimientos, un braguerista del alma, y nada más.²²

El folletón Blavatsky nos cuenta que su protagonista llevó a cabo extraordinarios prodigios desde la cuna. Escapa de un destino mísero en Rusia para esconderse con un erudito copto en El Cairo, la capital de las vocaciones mágicas. El maestro le revela la existencia de un libro mirífico, *Las Estancias de Dzyan*, donde se explica otra antropología, otra cosmología, el origen extraterrestre de la Humanidad. También le enseña a comunicarse, mediante proyección astral, con dos Superiores Espirituales, Koot Humy y Morya. Ella traduce el libro místico y mítico y hace públicos los múltiples secretos sobrenaturales que le han sido transmitidos. Entonces se ve sentenciada por los misteriosos amos secretos del manuscrito, que intentan matarla una y otra vez. Ella sale ilesa de todos los atentados. Se dice que apenas sabe leer y escribir, y, sin embargo, traduce, por telepatía, gruesos volúmenes redactados en sánscrito, idioma que, teóricamente, no conoce. Para rematar la historia, se le acusa de espionaje, a veces a favor, y a veces en contra del Imperio Británico.²³

²² J.K.Huysmans, *Allá abajo*, Barcelona, Bruguera, 1986.

²³ Para la biografía mágica de Blavatsky véase el jugoso resumen de Jacques

La realidad parece ser más prosaica: HPB pertenece a la pequeña nobleza germanorusa, y ha tenido, por tanto, una buena educación, a pesar de sus evidentes lagunas. Su relación con el esoterismo está llena de acusaciones de fraude, de las cuales escapa siempre con un descaro y un sentido del humor que nos impiden odiarla. Su contacto con Oriente es, al menos, real: pasa largas temporadas en la India con su íntimo y fiel amigo el coronel Olcott. Y si alguien la persigue es la Sociedad de Estudios Psíquicos, no para matarla, sino para poner al descubierto unas actividades que rozan el terreno de lo delictivo. En cuanto al espionaje, Blavatsky niega todas las acusaciones, aunque su apoyo, y, sobre todo, el de Olcott, al budismo y a la cultura local los convirtiera en sospechosos a los ojos de un imperio británico a punto de perder su hegemonía.

En realidad, no hay demasiadas diferencias entre esa Blavatsky aventurera y enigmática y el Valle-Inclán de las mil y una anécdotas, el que presume de haber perdido su brazo en las más diversas formas, y todas inventadas. Personajes, ambos, de la estirpe de Falstaff, se asoman al siglo XX con incredulidad y desconfianza, aferrados a sus mundos míticos y un tanto salvajes, dispuestos a no dejarse engatusar por la manzana de un progreso que no hace a los hombres mejores.

Quizá, simplemente, estaban adelantándose en cien años a esa declaración de principios pronunciada por Mick Jagger y que ha hecho fortuna en nuestro tiempo cansado y falto de ilusión: La única mala publicidad es la no publicidad.

■ RUDOLPH STEINER: CIUDADANO DE DOS MUNDOS

Para mucha gente, Suiza es la metáfora exacta del aburrimiento. Todos recordamos la observación cruel de Harry Lime en *El tercer hombre*: "En quinientos años de paz absoluta, lo único que los suizos han hecho ha sido inventar el reloj de cuco." Y, como aclara más tarde en una entrevista Orson Welles, el intérprete de Lime, ni siquiera se inventó en Suiza, sino en

Bergier en *Los libros condenados*, Barcelona, Plaza y Janés, 1973. Más completa es la de Julyan Symonds, *Madame Blavatsky*, Londres, Odham, 1959. Y, por supuesto, Washington, *op.cit.*

artículos

Baviera...

Pero hay una Suiza secreta, que no es sólo la de los bancos. O, mejor dicho, no es casual que las grandes firmas bancarias asentaran sus reales en ese país y no en otro cualquiera. La tradición hermetista de la nación Helvética se hunde, como dicen los escritores de melodramas, en la noche de los tiempos.

Fue allí donde nacieron mitos como el del Santo Grial, o el de Los Nibelungos. Allí donde vivieron alquimistas de la talla de Paracelso y Jean Thritéme, el muy notable Abate Tritemio. Allí donde se encuentra la sede de la más antigua sociedad secreta del mundo, el legendario Priorato de Sión que, según cuentan los iniciados, guarda las pruebas de que Jesús no murió en la cruz y dejó, en cambio, una descendencia que llega hasta nuestros días.

Y es, finalmente, en Suiza, donde nació, vivió y trabajó Rudolph Steiner.

A Steiner le cabe un honor discutible: el de ser el único de los grandes esoteristas que ha recibido cierta atención por parte de la comunidad científica ortodoxa. Seamos honestos: no es que su discurso sea más razonable ni convincente que el de nuestra amiga Blavatsky. Sucede, simplemente, que el radio de sus intereses es mayor; y que, aparte de tratar los tópicos del ocultismo, como la Atlántida, la clarividencia y todas estas cosas resbaladizas, Steiner escribe sobre temas como el cuidado de la salud, los métodos pedagógicos, la economía y los cultivos biológico-dinámicos.

Apóstol de la cultura new-age "avant la lettre", Steiner es una paradoja típicamente germánica. Su invención es, sin lugar a dudas, genial: un ocultismo "anti-ocultista". Doctor en Filosofía y diplomado en Química, Física y Biología, abomina de la superstición, del exotismo, de esa cierta celebración de la ignorancia que muchos de sus colegas hermetistas han convertido en pose arquetípica. Tiene que haber, piensa, una forma de combinar las realidades científicas con aquellas otras que pertenecen al mundo del espíritu y que son, pese a todo, igualmente ciertas.

Él, que adora a Goethe, y que ha participado en la edición de sus obras científicas (las más desconocidas, las más oscuras, áridas, discutibles y discutidas del corpus goetheano), encuentra,

en el gran escritor alemán, su propia identidad: la de hombre fáustico. Aprende que la única "Quête del Graal" auténtica es la búsqueda del conocimiento, dondequiera que se encuentre, y organiza así el más revolucionario sincretismo de la historia del pensamiento moderno: la Antroposofía, un esoterismo cientifista, un puente entre territorios irreconciliables. Él mismo lo explica así : "Ciudadano de dos mundos, el de los sentidos y el del pensamiento, el hombre puede adquirir la ciencia por la cual los enlaza en indisoluble unidad."²⁴ Confiesa tener visiones del mundo suprasensible desde niño, e inicia sus actividades esotéricas, como no, en las filas de la Teosofía blavatskyana. Pero cuando Annie Besant, la heredera espiritual de Blavatsky y nueva cabeza política de los teósofos, asegura haber encontrado en la India a un muchacho que es la reencarnación de Cristo, Steiner, teutón al fin, y hombre extremadamente riguroso, se indigna y rompe con la sociedad. ¡Ah, no!, parece decir, ¡así no hay modo de hacer un ocultismo decente! Y, en honor a la verdad, hay que reconocer su sincera buena voluntad, y la severidad que él mismo se impone, frente a ese vodevil estrafalario en que se convierte la Sociedad Teosófica a la muerte de su fundadora.

Es entonces, tras romper con sus antiguos camaradas, cuando nuestro hombre funda la Antroposofía y construye el edificio que será su sede: el *Goetheanum*, monumento delirante, onírico, mitad palacio y mitad abadía de arquitectura orgánica que, en algunos rasgos, recuerda a Gaudí, sin llegar nunca a los maravillosos extremos de éste. El primer Goetheanum es destruido en un incendio y reconstruido más tarde, tras la muerte de Steiner. Durante la II Guerra Mundial se convertirá en una suerte de Camelot de la espiritualidad blanca, frente a la magia negra ejemplificada por el siniestro Wevelsburg de las SS, y aún sigue funcionando hoy, en las verdes laderas de Basilea.

Porque, con todo, Rudolph Steiner no es un fante deshonesto. Se puede dudar de sus visiones cósmicas, pero no de su afán filantrópico. Por todo el mundo se encuentran escuelas Steiner, granjas Steiner, clínicas Steiner y, ¡maravilla de las maravillas!, bancos Steiner, que practican un extraño capitalismo

²⁴ Jaques Bergier, "Steiner redescubierto", revista *Horizonte*, nº8.

artículos

solidario, o, por decirlo así, de baja frecuencia.

Si traemos aquí a colación al profeta de Dornach es, fundamentalmente, por su insistencia en los problemas del arte y la estética, y la relación de estos con el mundo de lo suprasensible. El arte, para Steiner, es el toro al que hay que coger por los cuernos. La estética, nos dice, es una ciencia que aún está en sus comienzos, y como enseguida menciona a Baumgarten, Winckelmann y Lessing, el lector se imagina que su pretensión es la de elaborar un discurso estético clásico, a la manera de Hegel, o, cuando menos, de Longino. Nada más lejos del pensamiento Steineriano: la cuestión fundamental es que sólo el artista y el profeta poseen la facultad para moverse libremente entre los dos mundos. Cita entonces a Goethe: "Cuando la naturaleza está a punto de revelarle a uno su secreto manifiesto, él siente un deseo irresistible de su intérprete más digno, el arte."²⁵

A modo de parábola, Steiner nos cuenta la historia de dos mujeres que se pierden en un paisaje helado. Una de ellas, a punto de congelarse y temiendo por su vida, se desmaya; en la otra, sin embargo, puede más el impulso estético. Se emociona ante la belleza del paisaje y exclama: "¡Qué hermoso es todo esto!". En ese momento extático, la segunda mujer es elevada a otra dimensión, un reino superior donde recibe la visita de varios espíritus que se presentan a sí mismos como inspiradores de las diferentes artes. Todos ellos le conceden a la mujer la facultad de expresarles, de hacerles visibles en la realidad común a través de las formas artísticas; pero también todos hacen la misma advertencia:

Pero no debes dar un paso más de lo que has alcanzado. Tienes que permanecer enteramente dentro de la forma, pues lo que vive en tu ser sólo debe ser conducido hasta los Espíritus de la Forma y sus regiones; puesto que si tú lo trasciendes, actuarás como el reino que suscita las apetencias humanas, no permanecerás dentro de la forma noble, y debido a ello, justamente en tu campo, no podrá aparecer

²⁵ Rudolph Steiner, *El arte y la ciencia del arte*, Buenos Aires, Epidauro, 1986, p.53.

artículos

nada bueno.²⁶

Aquí está la esencia de la estética según Rudolph Steiner: un artista es un iluminado; alguien a quien se le ha concedido la facultad de ver con ojos distintos y penetrar en las otras realidades. Su misión, pues, no puede enturbiarse con vanas aspiraciones mundanas, pues esto sería traicionar la función básica del arte. La mayor parte de los artistas, o, mejor dicho, de los “aspirantes” a artista, caen, según nuestro autor, en la tentación de la vanidad, de crear para complacer los fútiles deseos de la sociedad común, materialista e ignorante. Pero el arte debería parecerse más a un “koan zen”, es decir, una de esas frases sin sentido aparente cuyo fin no es ser analizadas lógicamente, sino despertar, mediante secretos mecanismos de choque, las regiones más recónditas de la mente humana, aquellas que sirven como puerta a la percepción del universo suprasensible.

Todo esto está muy bien, pero el problema fundamental de Steiner es su forma retórica, pseudoacadémica y, en resumen, aburridísima de expresarse. Sus conferencias sobre estética se parecen tanto entre sí que uno no sabe si ha vuelto al principio, o si es que no tiene más que decir y estira el discurso hasta lo indecible. Todo está estructurado como un programa de asignatura en alguna tediosa universidad de segunda clase; incluso los títulos de las conferencias son del tipo *Las fuentes de la fantasía artística y las fuentes del conocimiento suprasensible* o *Lo sensible-suprasensible en su realización por el arte*, frente a los audaces encabezamientos de Valle en *La lámpara maravillosa: El anillo de Gíges*, *Exégesis Trina* o *La piedra del Sabio*.

Como introducción a una apreciación de la belleza no parece un camino especialmente apetecible, y aquí se acuerda uno de *La Lámpara...*, con su delicada musicalidad, su fuerza expresiva, su esplendor plástico. Valle, como reza la antigua oración de los indios navajo, camina, en su libro, con la belleza delante y la belleza detrás, con la belleza encima, y la belleza debajo.

¿Qué hubiera pensado Steiner de la obra de Valle-Inclán?

²⁶ Rudolph Steiner, *op.cit.*, p. 41.

artículos

¿Qué hubiera dicho de un libro que, no sólo defiende idénticos principios, sino que los transmite, precisamente, con las herramientas del verdadero arte?

Imagino, y empleo, para ello, el derecho mágico que me pertenece, la expresión asombrada del suizo, aturdido, pálido, a su pesar, de envidia, conmocionado al comprender que la erudición por sí misma no sustituye, y ni siquiera permite acercarse, al acto de la creación pura. Un rostro, el de Steiner, como el de esos pedantes semiólogos contemporáneos que pretenden explicar el misterio del arte a base de morfemas, lexemas y otras necedades, sin acercarse nunca al meollo de una cuestión que, en última instancia, les es completamente ajena, desconocida.

Porque acaso haya que concluir que Peladan, y Blavatsky, y la Golden Dawn, y Crowley, y el infeliz Steiner, y por supuesto nuestro gallego hiperbólico tenían razón, y que la única ciencia que merece la pena estudiar sea la Magia. La Magia, esa llama trémula que brilla en el extremo de una lámpara maravillosa, que es, como en los cuentos de *Las mil y una noches*, la llave del mundo de los genios, de las quimeras, de los sueños. “No olvides”, dice Valle-Inclán, “que la última y suprema razón que todas las cosas atesoran para ser amadas es ser bellas”. Más cerca en el tiempo, otro mago contemporáneo, Jorge Luis Borges, escribió: “Un placer (...) es un placer, y definirlo como la resultancia de una ecuación cuyos términos son el mundo externo y la estructura fisiológica del individuo, es una pedantería incomprensible y prolija. El cielo azul, es cielo y es azul.”

artículos
